

# CIRAT

## Y EL TORMO DE CIRAT

*Historias, parajes y leyendas*  
(ALTO MIJARES)

Ángel Sorní Montolío



# CIRAT

Y EL TORMO DE CIRAT

*Historias, parajes y leyendas*

(ALTO MIJARES)

**Ángel Sorní Montolío**



DIPUTACIÓ  
D  
E  
CASTELLÓ

2 0 1 1

© **Del texto:**

Ángel Sorní Montolío

**De las imágenes:**

Sus autores

**Del diseño de portada:**

Álvaro Bautista, SL

**De la presente edición:**

Servicio de Publicaciones

Diputación de Castellón. 2011

**Edita:**

Servicio de Publicaciones.

Diputación de Castellón.

Av. La Vall d'Uixó, 25.

12004 Castellón

**Imprime:**

Imprenta Sichet, SL

**Depósito Legal:** CS-227-2011

## ÍNDICE

Prólogo .....	19
Leyenda apócrifa de san Bernardo .....	23
<i>Summa posteris felicitate</i> .....	29
El Salto de la Novia .....	33
La loma de las Horcas .....	37
La venganza de Zoraida .....	43
El palacio de los condes de Cirat .....	49
El corral de los muertos .....	53
La masía del Cura .....	62
El reloj de la iglesia .....	69
El barranco de las Salinas .....	81
Bernardo Badal Suay .....	93
La crevó .....	103
El barranco del hambre o la rambla de David .....	109
La huerta de Cirat .....	117
Rutas al pasado .....	129
El desaparecido .....	139
De feudo a condado .....	149
La peste en Cirat .....	165
La fuente medieval .....	177

## EL PALACIO DE LOS CONDES DE CIRAT

*«Los grandes pueblos trascienden  
allende sus fronteras».*

### La historia

Si viajáis a Almansa y preguntáis por su ayuntamiento os encontraréis ante vuestra sorpresa con un bello edificio manierista del s. XVI llamado Palacio de los condes de Cirat o más popularmente «La Casa Grande». El nombre le viene dado porque era dueño en 1628 el conde de Cirat, don Baltasar de Vilarig y Carroz, conde muy bien relacionado con la Orden de Montesa y con la nobleza feudal valenciana.

Tiene el palacio una hermosa fachada de dos cuerpos, con columnas fajadas y almohadilladas en alternancia; el primer cuerpo enmarca la puerta, y el segundo lo compone un escudo sostenido por niños y dos grandes figuras toscamente talladas, todo ello rematado por un gran frontón triangular, en el que se sitúa la figura de Escipión el Africano, símbolo del héroe romano con el que al parecer quería entroncar el primer propietario del palacio.

Si cruzáis la puerta, os hallaréis de golpe, como viajeros del tiempo, en pleno s. XVI, en un patio renacentista de planta cuadrada y tres arcos sostenidos por columnas jónicas en los dos



pisos, que presenta como elemento decorativo en las enjutas escudos con los mismos motivos que aparecen en la fachada. Todo en el recinto es equilibrio y armonía, tanto que estar allí contemplándolo es como transportarnos a un ambiente secular de bienestar y sosiego difícil de olvidar. Como si el tiempo quedase en suspenso para mayor goce de nuestros sentidos.

El resto del palacio está ocupado actualmente por las dependencias del Ayuntamiento de Almansa.

Y lo que viene a cuento con nuestra historia: fue en este mismo palacio donde dicen que se firmó el armisticio de la batalla de Almansa, batalla que trajo consigo la promulgación del Decreto de Nueva Planta que arrebató al Reino de Valencia los fueros y privilegios de los que disponía, aplicándose en el futuro las leyes de Castilla.

La batalla de Almansa se libró el 25 de abril de 1707, en las proximidades de la ciudad, donde se reunieron importantes contingentes militares, en parte extranjeros, que los historiadores cifran en más de 50.000 hombres. Fue tan cruenta la batalla y tan grande la derrota de los ejércitos austracistas, a manos de las tropas de Felipe de Anjou, y tan nefastas las consecuencias que tuvo para nuestra autonomía como pueblo que aún perdura entre nosotros el siguiente dicho: «Quan el mal ve d'Almansa, a tots alcança».

Entre las tropas derrotadas del archiduque Carlos de Austria se encontraban numerosos valencianos y aragoneses, enrolados en un ejército reclutado por el Consejo de Aragón y por el Consell del Reino de Valencia, que llegó a disponer de más de 12.000 hombres.

Pues bien, uno de estos reclutas, Bernardo Montolío Escrig, ciratense, vecino del caserío de Pandiel, y recién cumplidos los veintitrés años, debido a los caprichos del destino, fue según se cuenta uno de los protagonistas de estos hechos.

## **La leyenda**

*«La historia de sus hombres sin embargo hay que escudriñarla entre legajos de nieblas y recuerdos».*

Corría el año de gracia de 1702 y ya era Bernardo Montolío Escrig un apuesto joven conocido en la comarca por su arrojo y valentía. Se decía y se daba por hecho que era un hijo

bastardo del conde. Que su parecido era asombroso y que su madre, fallecida cuando apenas tenía el chico cinco años, nunca conoció a otro hombre. Lo cierto es que Bernardo figuraba en el registro como hijo de madre soltera y fue de ella de quien tomó los apellidos.



De él perduran numerosas anécdotas y peripecias, algunas de las cuales vamos a relatar para situar a nuestro personaje.

Se cuenta, por ejemplo, que siendo todavía un mocoso, cuando se dirigía a la escuela por el camino de Pandiel, un grupo de chavales de su edad, apostados en la cueva del Pichón, lo apedreaba cada mañana con verdadera saña. Como Bernardo no era un cobarde y así lo proclamaba, se resistía a ir por otro camino, pero eso le costaba algún que otro descalabro. Hasta que un día, harto de tanta pedrada injusta, se inventó un ardid: pasó la noche en lo más hondo de la cueva y cuando aparecieron los mozalbetes de sus desdichas, con un embudo en la boca a modo de altavoz les dijo: «Soy el espíritu de la Cueva y no aguanto más. Largaos de aquí y que mi maldición os persiga para siempre». Dicen que la voz resonó tan nítida, profunda y cavernosa que los apedreadores salieron despavoridos como alma que lleva el diablo y, por supuesto, no volvieron nunca más.

Pero lo que nos ocupa es analizar aquí el porqué de su extraña huida del pueblo y los acontecimientos que posteriormente se desataron.

Conforme fue creciendo, Bernardo fue convirtiendo su vida en una continua apuesta. Siempre dispuesto a mostrar su arrojo allá donde fuera necesario. Cuentan que la noche de su desaparición se apostó que era capaz de irse al Cementerio Viejo y traer un capazo de hierba. Y eso que a la hierba del cementerio se le atribuían por aquél entonces



efectos maléficos, pues se decía que el que la arrancaba, se llevaba tras de sí los espíritus de los muertos. Comenzaba la Noche de todos los Santos y justamente esa noche, además de ser una herejía era toda una temeridad. Pero Bernardo no se arredró. Nadie le pudo hacer desistir de tan absurda apuesta. Cogió su capazo y se dirigió camino del Cementerio.

De él nunca más se supo, y hubo quién le dio por muerto, hasta que años después llegaron noticias suyas de Almansa. Unos dijeron que no llegó siquiera a las cercanías del Cementerio. Otros aseguran sin embargo, que sí que llegó y que para saltar la valla, como era demasiado alta, primero tenía que lanzar el capazo. Y al parecer así lo hizo, pero cuando se dispuso a saltar, una vez tirado el capazo al otro lado de la valla, alguien se lo devolvió. Intrépido como era, volvió a tirarlo y de nuevo apareció por el aire hasta caer a sus pies. Y así una y otra vez. Y por lejos que lo tirara, siempre volvía donde se encontraba. Hasta que desde el cementerio surgió una voz potente y entrecortada que gritó: «¡Ni en esta sacrosanta noche vais a dejar dormir a los muertos!».

De si huyó por no haber ganado la apuesta o por miedo a las previsibles burlas que iba a tener que soportar, no se sabe; pero lo cierto es que algo tuvo que ver la peripecia del cementerio para tan repentina desaparición.

A Bernardo lo vemos años después enrolado en las tropas aragonesas y valencianas reclutadas por el Consell del Reino de Valencia y por el Consejo de Aragón. Así al menos consta en la hoja de reclutamiento de las tropas del archiduque Carlos de Austria, en el Folio 406, Tomo Tercero, donde se le asigna una semana de tres reales y se le obliga a jurar los Reales Fueros del Reino de Valencia. Se sabe que participó en la famosa e histórica batalla de Almansa bajo el mando del general Das Minas, donde mostró su osadía y valor y que fue malherido en un costado por un arcabuzazo. Y que, reconocido, gracias a su enorme parecido, por el conde de Cirat, a la sazón dueño del palacio de Almansa, en una visita que realizó a los heridos de guerra, fue por él acogido y restituido en todos sus legítimos derechos, siendo nombrado coheredero de todas sus enormes y extensas posesiones.

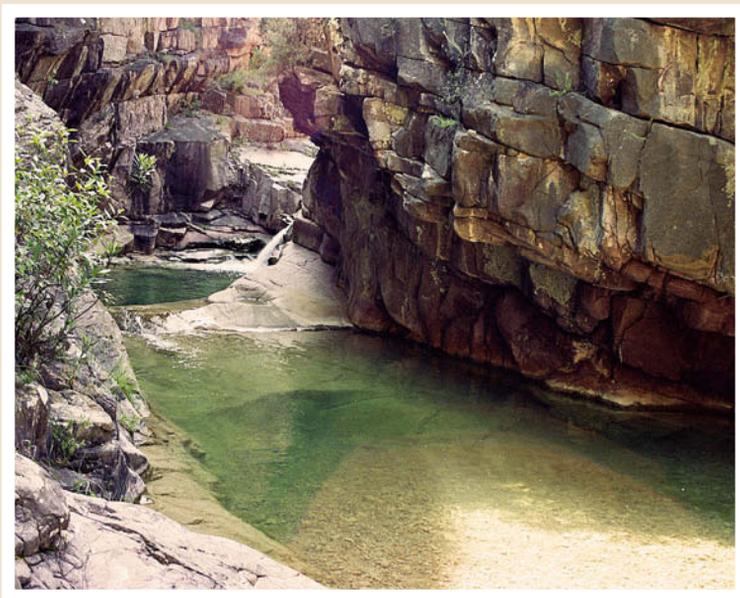
Si volvió o no a Cirat, es un dato que este cronista desconoce, todo lo demás lo ratifica, confirma, y firma, el cronista que lo es, Ángel Sorní.

## EL BARRANCO DE LAS SALINAS

*Al Caminante le dijeron que existía un barranco junto al Mijares, apenas conocido por los lugareños, lleno de peligros, pero también de misterios escondidos y de fantásticas historias y leyendas. Y que sin duda debía ir a visitarlo.*



El Caminante no era un caminante cualquiera. Tenía el don de descifrar enigmas y lo que es más asombroso, el de comunicarse con los elementos de la naturaleza, especialmente con las piedras. Sobre todo con aquellas que, trabajadas



por el hombre, todavía pervivían entre nosotros, aunque se encontrasen completamente en ruinas. Cuanto más antiguas, mejor; más dominaba su lenguaje. Había recorrido el Caminante mil parajes exóticos. Había escalado escarpadas y altas cimas, explorado laberínticos y profundos valles, bordeado peligrosísimas veredas, descifrado centenares de enigmas hasta entonces sin resolver, y vadeado multitud de sinuosos afluentes y barrancos; por lo que en principio pareció no importarle la propuesta. Sólo cuando le informaron de que el recorrido comenzaba en la fuente de Cabanilles, y que su gran maestro, el botánico Cabanilles, nunca se atrevió a dar un paso más allá de la fuente, fue cuando cambió su semblante y empezó a mostrar cierto interés.

Un buen día, sin comunicárselo a nadie, inicio el viaje el Caminante. Se plantó bajo la Piedra Yedra, y ésta le indicó el camino hacia la fuente, primer manantial que aporta sus aguas al barranco de las Salinas. Desde hacía algunas semanas una sola idea le obsesionaba: saber por qué su maestro nunca se adentró en el término de aquella recóndita población llamada Cirat. Y de paso, ¿por qué no?, recorrería aquel aislado barranco, tan elogiado por sus amigos como desconocido, pues apenas habían

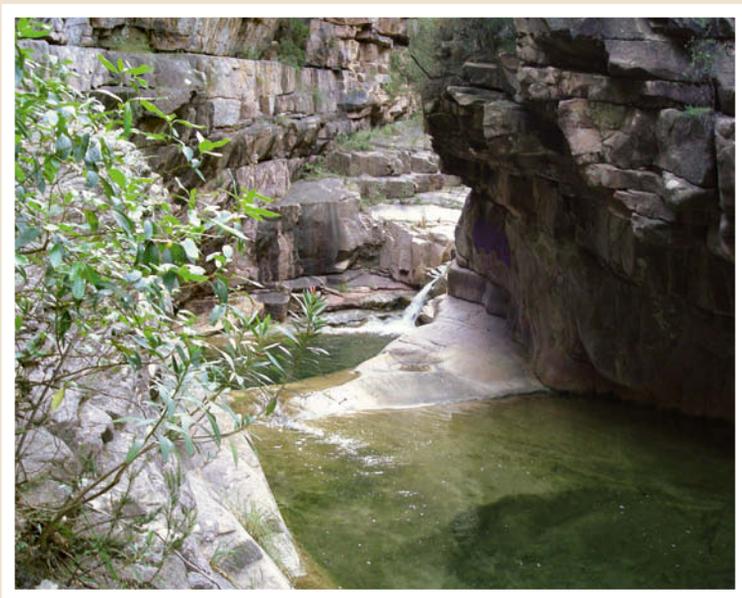


oído hablar de él en alguna parte. Así que, siguiendo el susurro de las aguas, alcanzó una presa de la cual arrancaba una canalización que bordeaba la ladera. Las aguas le explicaron que era el embalse del Cura y que más adelante, al llegar a un rellano donde se ensanchaba el barranco, se sentase, pues allí las ruinas de un convento le contarían su historia. De esta manera lo hizo el Caminante, pero las ruinas que se elevaban majestuosas hasta el firmamento, parecían mudas. Sin tiempo apenas para disfrutar del paisaje (un profundo valle rematado al fondo de la cima del Penyagolosa), un torrente de cálidas voces, como provenientes de las tierras del sur, empezó a bajar por la ladera de la loma de los Moriscos y, simultáneamente y apresuradas, otras tantas procedentes de los Picachos, salían a su encuentro. Al entremezclarse unas con las otras, un murmullo de palabras inconexas llegaba indescifrable a oídos del Caminante: Cura, sudor, trabajo, murió un, 1989, convento, pulmonía, don Rafael, tejas, frío invernal...; hasta que otra voz potente y diáfana, se alzó sobre las demás y las hizo callar. Era la voz de las ruinas que imponente le contó su historia. Lentamente, con voz pausada, pero segura de sí misma. Así fue como el Caminante conoció la verdadera historia de la masía del Cura.



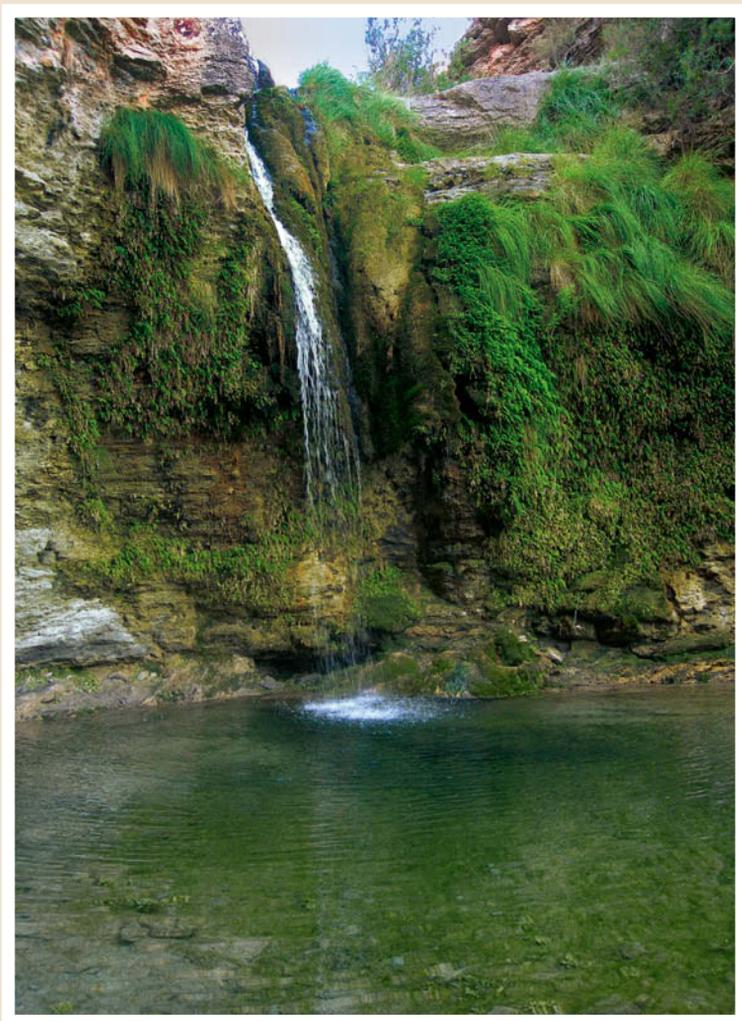
Siguiendo el camino del Llano, en dirección a la fuente Torres, observó el Caminante otra canalización, mucho más grandiosa, que arrancando del mismo barranco recorría las escarpadas laderas. La obra parecía no tener fin y discurría majestuosa hasta que se perdía tras las montañas. Le dijo el murmullo del monte que fue un proyecto de los liberales que quisieron en su día llevar el agua hasta los Clotachos. Sólo llegó hasta la huertica del Chorrador, un poco más allá de las Salinas; pero todavía en el estrecho del barranco de la Carrasca quedan las huellas de las pilastras por donde proyectaron la alzada de un acueducto. Al parecer el proyecto surgió como contrapartida a otro de los conservadores, bastante avanzado ya, llamado de las Morteras, que pretendía traer el agua desde Campos de Arenoso, estando prevista su canalización al llegar a Cirat, por debajo de la piedra del Mediodía. Tan famoso era este proyecto que la gente cantaba:

Qué rico será Cirat  
con su puente y su carretera,  
con el agujero del Terrero  
y el canal de las Morteras.



Tarareando este pegadizo sonsonete llegó el Caminante a la fuente Torres. Aquí el Caminante hace una pausa. Baja los escalones arreglados recientemente y se sienta. El cuerpo solicita su justo descanso y reparar las energías consumidas. También lo debes hacer tú, lector. Es largo el camino y muchas las vivencias que ofrece el recorrido. Agua fresca y cristalina. Buena vista y mejor aire. A la derecha la casa de José María. Al frente, en la montaña, la cueva de la Lluvia, bautizada así por el Caminante, porque cuando llueve, un fino manto cubre su bocana. Abajo, junto al barranco, el antiguo cuartel de los Carabineros. Al fondo, a la derecha, tras el angosto tajo del Salto de la Novia, se adivina la Huertica. ¡Qué más se puede pedir, si además se dispone de un buen almuerzo...!

—Estas tierras —le dice la Fuente al Caminante, mientras éste da buena cuenta de sus viandas— pasaron a la familia Sorní cuando el reparto. El primer administrador del conde, que se llamaba Suay, lo trajo a Cirat como ayudante, porque no podía con todo, y a la hora de repartirse las tierras, él se quedó con las de la Viña Vieja, aduciendo que el agua del río siempre sería agua del río; y porque además suponían un 60 por cien del total. Dicen que después Sorní se casó con una



hija del administrador y sus hijos lo heredaron todo. ¿Que por qué te cuento esto? Pues ya ves, porque a fin de cuentas todo quedó en familia.

—¿Y aquellas ruinas, junto al barranco? —le preguntó a la Fuente el Caminante.

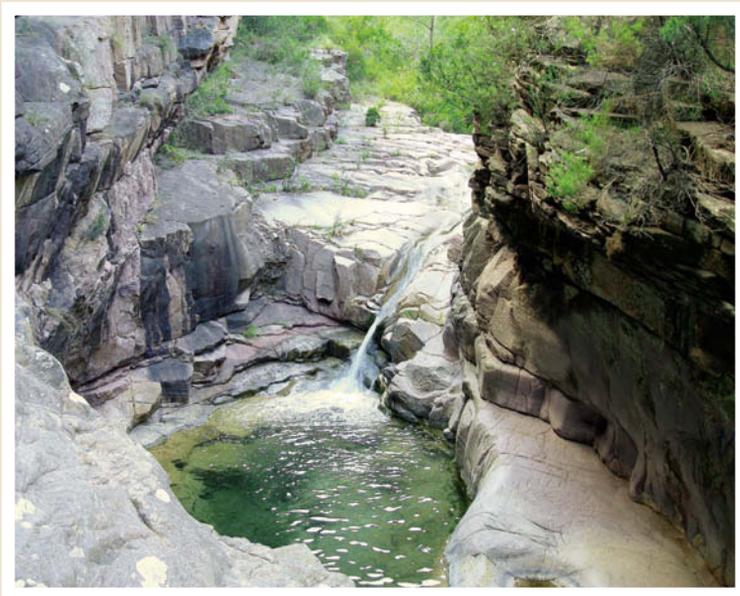
—Aquellas ruinas —le respondió solícita la Fuente— pertenecen al antiguo puesto de los Carabineros. Durante muchos años estuvieron vigilando las aguas que allí mismo

manan y controlando la producción de sal. Si te acercas y pegas un trago, verás que es agua salobre. En tiempos pasados era la sal un bien tan preciado por toda la comarca, que la gente se peleaba por obtenerla. Allí mismo, junto a las actuales ruinas, hervían el agua en grandes calderos. Cuando el agua se espesaba se producían pequeñas explosiones por la acumulación de sal. Entonces retiraban las calderas del fuego, y tras un proceso de decantación, la extraían. Tu mismo puedes comprobarlo, basta con que hiervas un puchero. Y aunque ahora te suene extraño, hubo hasta salineros furtivos, gentes que se dedicaban a extraerla, lejos de la mirada de los carabineros, para venderla de contrabando o para su propio consumo.

Cuando el Caminante reanudó el viaje, agradeció a la Fuente el agua fresca; al Paraje, el deleite de los sentidos; y a las Voces las historias recobradas. Un largo recorrido por aquel barranco, que tantas sorpresas le estaba deparando, le esperaba todavía. Un sol casi de verano inundaba el valle y el sombraje de los arbustos le indicaba el camino hacia el Salto de la Novia. Conforme avanzaba el Caminante el rumor del agua se hacía más intenso, cruzaba el aire y se posaba en sus oídos. Es brusca la caída y las recientes lluvias primaverales habían alimentado copiosamente el caudal del barranco. Por una sinuosa y verde senda descendió hasta el Chorrador, desde el cual en caída libre se desparramaba el agua al vacío. El rumor se convirtió en estruendo. ¿Qué habrá visto el Caminante para que de repente un escalofrío le recorra el cuerpo? Por un instante, al fondo, en la laguna, le pareció reconocer la silueta de dos cuerpos jóvenes y abrazados. Tal fue su conmoción que le impidió el momentáneo disfrute del paisaje.

Son ellos, le dijo la Losa (laminada por las aguas) al Caminante. Son ellos, repitió. Y tras un respetuoso y breve silencio que al Caminante le pareció interminable, prosiguió: Son Mariana y José que cada primavera aparecen para que no los olvidemos. Si te animas y bajas hasta la orilla del pozo, ellos te contarán su leyenda.

Y así fue como el Caminante conoció la leyenda del Salto de la Novia. Sentado bajo aquella cascada, extasiado ante el espectáculo que se le ofrecía, con los pies desnudos jugueteando en sus aguas, escuchó y anotó en su diario de viaje aquella hermosa leyenda de amor eterno.



Al llegar de nuevo al camino, tras desandar la sinuosa y empinada senda, y mientras el Caminante echaba una mirada atrás a modo de despedida, el sol jugaba a esconderse tras una nube abandonada. Siguiendo el cauce del barranco por una pista de montaña, tomó el antiguo camino de las Salinas y al poco alcanzó la Huertica, donde, sorprendido, escuchó de boca de un lugareño que en aquella huerta, hoy perdida, a pesar de ser regada con el agua salobre, se cultivaban muchos productos, sobre todo coles, unas hermosísimas y enormes coles, y unas alubias llamadas *caretas* y unas judías pequeñas, pero muy gustosas. Y aún más: mulas, caballos e incluso cabras, cuando bajaban sudorosas del monte, competían por beber de aquella agua que nunca les saciaba. «Si les hubiesen dejado beber lo que quisieran», concluyó el labrador, «alguno de aquellos animales lo hubiese hecho hasta reventar. Ahora ya ve usted, ni se riegan los campos, ni animales quedan».

Tras despedirse amigablemente del labrador, el Caminante prosiguió el viaje. Al poco una ruidosa bandada de grajos le obligó a alzar la vista y su vuelo le permitió divisar, sobre una loma cercana, lo que parecía la muralla de una antigua fortaleza. Era el castillo de Cirat que, derruido desde la morería,



se asomaba al barranco deseoso de recordar su pasado. Una voz centenaria y dulce surgió de aguas abajo y orientó al Caminante hacia una enorme losa, justo debajo de los restos del castillo. Era la canción de Zoraida que melodiosa y nostálgica le contó su leyenda. «Sobre esta losa, le dijo Zoraida al Caminante, se fracturó mi cráneo y se desmenuzaron mis huesos, se desparramó mi sangre y, se descompuso mi cuerpo comido por los buitres. Pero no guardo rencor ni odio alguno. Vi crecer desde aquí, gracias a la buena mujer que los recogió, salvos y sanos, a mis hijos. Y a los hijos de mis hijos. Y a sus descendientes. Y ya ves, se cumplió mi vaticinio, la sangre de mi sangre fluye por todos los hogares de la comarca». El Caminante quiso saber más y le preguntó de nuevo por su leyenda. Se sentaron ambos a la vera del barranco y durante largo rato las palabras, antiguas como la misma historia, fluyeron tan suaves, como las aguas deslizándose cantarinas por las losas del barranco. Y así es como el Caminante supo de la leyenda de Zoraida.

Apenas se había levantado el Caminante para continuar su recorrido cuando la nube abandonada jugaba a tapar el sol. Acorde con el paisaje que se iba estrechando por las laderas del desfiladero, las sombras se apoderaban del barranco. El camino

se había perdido y el recorrido se hacía cada vez más difícil. Hasta que llegó un momento que no pudo continuar. Ante sus ojos apareció un pozo de aguas claras y cristalinas, aparentemente poco profundas, que a modo de un enorme caldero asentado sobre las paredes del escarpado tajo, invitaba al Caminante a meterse en él, pues de lo contrario no podría acceder a otro lado. Ya se estaba desnudando para cruzarlo, cuando una voz resignada y adolescente surgió de lo más profundo del pozo. «No te fíes, Caminante, es más hondo de lo que parece. A mi me engañó en su día y me tragó para siempre. Me llamo José Mor Aparicio, tengo dieciséis años y trabajo de pastor. Sí, para el tío Jesús. Nací en una aldea de Fuentes de Rubielos y me vine a Cirat por el trabajo. Aquel mediodía del 15 de agosto de 1929 hacía mucho calor. Me desnudé como usted lo acaba de hacer, dejé las ropas dobladas sobre la losa y creyendo que no cubría, me metí en la poza. No sabía nadar y perdí las uñas intentando salir, pero las paredes del pozo resbalaban y terminé ahogándome. ¿Sabe cómo me enteré del nombre del pozo? Cuando los vecinos del pueblo vinieron a por mí les oí decir que me había ahogado en la Caldereta. Ya ve usted, el nombre no puede ser más apropiado. Fue un día de mucho duelo en Cirat, se acercaban las fiestas de San Bernardo y he de decirle que toda la gente lloró por mí; sobre todo una muchacha que cada mañana bajaba al abrevadero, porque sabía que iba a pasar yo con el ganado. Ni tan siquiera supe nunca su nombre. ¿No podría usted averiguarlo?».

En efecto, tuvo que nadar el Caminante con las ropas sobre una mano levantada, pues el pozo cubría más de lo previsto. Cuando terminó de vestirse ya le había averiguado el Caminante el nombre de la muchacha y todo lo que había sido de ella; y, después de contárselo, continuó el viaje barranco abajo. Un poco aturdido por las historias recientes, apenas disfrutó de lo que le deparaba el barranco de las Salinas: aguas limpias y azules que discurrían formando pozas y vericuetos, el pozo de la Bañera, otro a modo de tobogán por el que se deslizaban las aguas como si fuesen niños, pozas que abocaban a otras pozas sobre losas onduladas y de suaves formas, baladres y renacuajos, incipientes cañaverales, escurzones y culebras...; hasta que un poco antes de alcanzar el paso que lleva hacia Royas, se topó con unas ciclópeas piedras que tenían grabadas dos hojas nervadas, una de ellas incompleta. No se sabe si por agotamiento, o por incapacidad, el caso es que no pudo descifrar



el significado de aquellas inscripciones. Cuando una tenue voz que surgía del suelo intentaba contarle su historia, otras voces sin sentido alguno la ahogaban con su griterío, por lo que tan solo alcanzó a intuir que allí se dio una pasional y cruenta historia de amor: una joven mujer casada, un forastero adolescente, un cráneo partido, y un clamoroso silencio o unos

gritos ensordecedores y amenazantes cuando preguntaba algo, es todo lo que sacó en claro. Se prometió a si mismo volver un día y descifrar el enigma, cuando entretenido con estos pensamientos se plantó sin apenas darse cuenta junto al Pozo Negro.

Aquí también se ahogó otro, le dijo el Pozo Negro al Caminante, pero fue porque quiso. Yo no soy un pozo de tristeza, sino de alegría. Me ves con poca agua, porque a alguien se le ocurrió hace poco meter una excavadora unos metros más arriba. Pero el nombre se lo debo a lo profundas que son mis aguas. Aquí han venido siempre los críos a jugar conmigo y a tirarme piedras, e incluso un año, allá por el 56, me helé y vinieron durante unos días a patinar y a deslizarse por el hielo.

Y aquí concluye el relato. Sabéis que el barranco desemboca en el Mijares unos metros más abajo, y supongo que fue en ese mismo lugar donde dio por finalizado el viaje. Lo que si puedo confirmar es que éstas son las últimas anotaciones que el Caminante escribió en su diario. Un diario que encontré por casualidad en una librería de lance y que me ha servido para montar esta historia. Yo me he limitado, mal que bien, a darle forma. Del Caminante nada más supe. Nada dice en su diario de si descubrió o no descubrió el motivo por el cual el maestro Cabanilles nunca pisó el término de Cirat. Tampoco creo que importe demasiado. A mis oídos llegó que éste fue su último viaje. Si lo fue o no, esto es algo que el cronista nunca pudo constatar. Y sin más, a 20 de agosto de 2002, y por la transcripción, este cronista que lo es, Ángel Sorní.

*P.D. Mi agradecimiento a Vicente Escrig, verdadera memoria viva de este cuento.*

## **LA CREVÁ** **(O la leyenda de las Santicas)**

*«Y en la Crevá, están las Santicas  
Que a las buenas almas, dan;  
Y a las malas, quitan».*

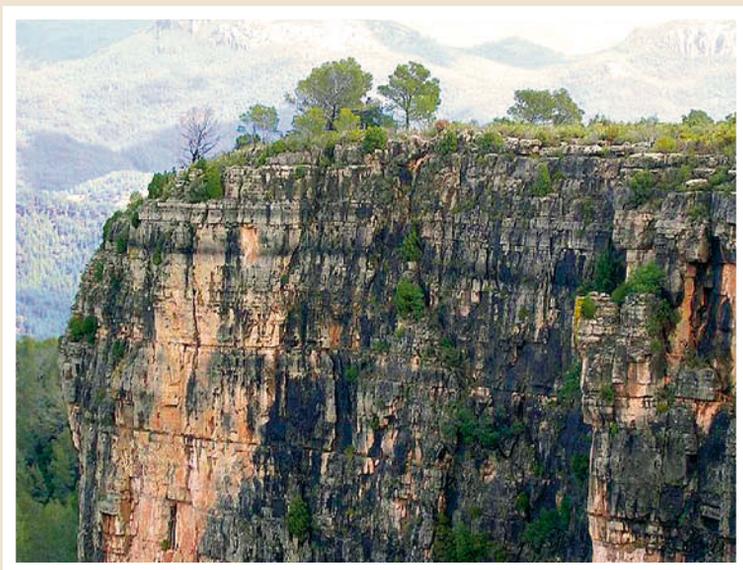
**Anónimo**

### **Los orígenes**

«El día en que Dios se enfadó con los hombres, desató su furia con devastadores rayos. Destruyó Sodoma y Gomorra, convirtió en sal a la mujer de Lot, transformó fecundos valles en angostos despeñaderos, y la tierra por unos instantes se revolvió en un maremágnum de piedras, lava y cieno; de furia y fuego. Uno de aquellos rayos cayó sobre la loma de Royas con tal fuerza que la fracturó en dos mitades, el río se abarrancó, y a un lado quedó la Loma de las Horcas y al otro, la Crevá, tal como se aprecia en nuestros días».

### **El paraje**

Así comenzaba mi abuela, y así lo cuento, esta antigua leyenda de amor y rezos. Quien haya estado en la Crevá entenderá la veracidad de los hechos que mi abuela, en esta breve introducción, me describía; un paraje de lomas quebradas, de caminos insalvables, de paseos imposibles, de grutas repentinas y profundas, de derrumbes imprevistos, donde en su centro se alza, enorme y majestuoso, un muro de piedra llamado el Frontón del Moro, como un gigantesco pizarrón en el que tal



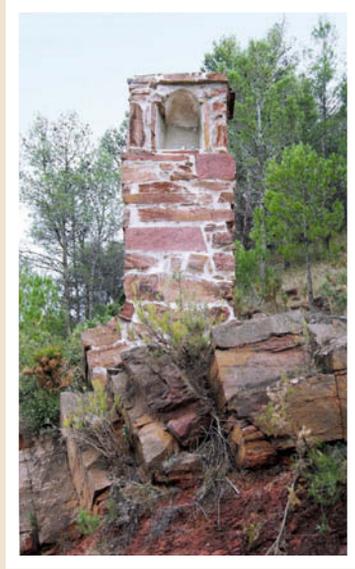
vez el mismo Dios quiso escribir en su día el motivo de su furia desatada. Lleve cuidado quien desee visitarlo, pues además de los peligros del camino, quizás le acechen las ánimas de aquellos que en tan inaccesible paraje se refugiaron. Cuentan que en tiempos de la expulsión de los moriscos, algunos de ellos se escondieron en ese lugar y allí yacen enterrados, a los pies del paredón que mira a la Meca. Y muy cerca, a la vera del camino que va a la Covonda, por el antiguo Camino Real señalado todavía por el Pílon de Royas, un poco antes del vertedero, se encuentran la gruta, el túmulo y la hornacina que, como un ventanuco abierto a nuestro pasado, nos recuerda a las Santicas.

### **La leyenda**

—Era en tiempos de los franceses —continuaba mi abuela— por Cirat no había pasado nunca ninguno, pero los que los habían visto, contaban de ellos y no paraban. Con sus llamativos y elegantes uniformes azules, con los fusiles siempre a bayoneta calada reluciendo al sol, con sus largos morriones de pelo rematados por aquellas algodonosas borlas blancas que agrandaban sus figuras agigantándolos, y en perfecta formación

avanzando por los caminos, eran imágenes que a muchos niños y niñas de Cirat apenas les dejaban ni dormir. ¡Quién pudiera verlos en formación por los caminos del pueblo!

»Y ocurrió que vinieron como cada año unos gitanos chamarileros por el camino de Fuentes y juraron haberlos visto en dicha población avanzando hacia el corral de los Muertos. Al parecer era una avanzadilla de un tal general Moncey, que había tomado Valencia y quería explorar nuevas vías de acceso a Aragón. Era por mayo y Dolores y Bernardina



que eran muy devotas de la Virgen de los Desamparados, salían de la iglesia en el momento en que la gente se arremolinaba alrededor de los chamarileros.

»Tenía Bernardina nueve años, los mismos que tú, y Dolores acababa de cumplir los diez. No te puedes ni imaginar el alborozo con que recibieron la noticia, tanto que ni cortas ni perezosas, decidieron salir en su busca. Y eso que sus padres les tenían prohibido pasar del Pílon de Royas, ya que a unos pocos metros está la gruta de la Crevá y tenían miedo de que algo les ocurriese. Eran las diez y media de la mañana y pensaron que seguro que se encontrarían con ellos. Y vaya si se los encontraron. En el mismísimo recodo de la gruta oyeron el trote de los caballos que entre una polvareda bajaban por la Covonda. Corrieron atemorizadas y se escondieron tras unas piedras junto a la cueva, y al pasar los franceses y volver la mirada atrás, Bernardina se dio cuenta de que su amiga Dolores se había caído a la cueva, y bien sabes tú lo honda que es, que tiras una piedra y no se oye el final de caída...

—¿Y que pasó, abuela? —le interrumpía ansioso llegado a este punto.

—Pues que Bernardina, desesperada, después de llamarla varias veces y no escuchar respuesta alguna, se arrodilló, juntó

sus manos y se puso a rezar en voz alta, y con tanta fe, que hasta el pueblo llegaba el clamor de sus rezos.

Salve, salve,  
—rezaba—  
reina del cielo y la tierra,  
salve, Virgen de los Desamparados,  
salve  
por siempre adorada Patrona,  
salve a mi amiga Dolores,  
salve, salve...

»... y en esas estaba Bernardina, cuando por la boca de la cueva asomó Dolores como transportada en vuelo. Al llegar al pueblo, Dolores contó que al estruendo del trote de los caballos se asustó y se cayó a la cueva, pero que a mitad de la caída, cuatro manitas, blandas como de algodón, la pararon en seco y la subieron suavemente hasta la salida de la cueva.

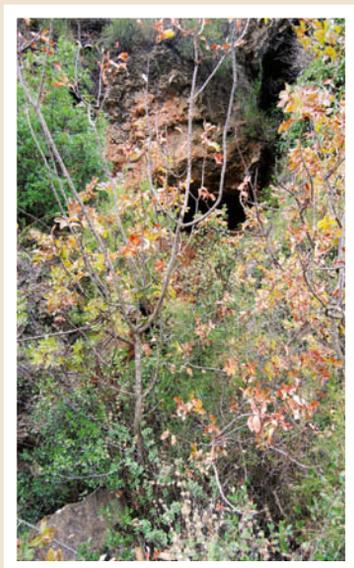
—Eran como unas Santicas, madre —repetía una y otra vez—, eran como unas Santicas

—¿Y te dijeron algo? —le preguntaban.

—No —respondía una y otra vez—, solo me subieron hasta que me dejaron fuera, pero no me dijeron nada.

»Y de ahí no la sacaban, ni de cómo eran, ni de qué sintió, ni a qué profundidad la detuvieron...; y a Bernardina lo mismo, ella sólo la vio aparecer por la boca de cueva como si fuese una virgen; eso sí, repetía con firmeza, había como un halo de luz que la acompañaba.

»Y como eran dos niñas que nunca habían mentado a nadie, todo el mundo las creyó, e incluso el señor cura autorizó al alcalde para que allí mismo, sobre la cueva, se colocase una hornacina con



la Virgen de los Desamparados y otra en el mismo Pilón de Royas para que todo el pueblo pudiese contemplarla y para que aprendiesen que la fe mueve montañas y que sólo la fe puede ayudarnos a lograr la salvación eterna. Y se establecieron romerías por la primera semana de mayo y al principio, según contaba mi abuela, venían de todos los pueblos del río; pero luego paulatinamente dejaron de venir, ir de pueblo en pueblo resultaba cada vez más peligroso por culpa de los carlistas, de los liberales y de los bandidos que acechaban por los caminos reales.

—¿Y por qué ya no se hacen las procesiones, abuela?

—No se sabe muy bien, pero según se dijo, al cabo de los años un muchacho de ocho o nueve años se cayó en la cueva y de él ya nunca más se supo. Hubo quien perdió la fe, y hubo quien le echaba las culpas al muchacho, que al parecer era un malandrín y que por eso no le salvaron las Santicas. Y de ahí surgió el dicho:

Y en la Crevá,  
están las Santicas,  
que a las buenas almas, dan;  
y a las malas, quitan.

»El caso es que poco a poco se fue perdiendo la fe y la romería dejó de hacerse. Un año no se hizo, al otro tampoco y así quedó...

—¿Y los franceses, abuela? —le preguntaba.

—¡Ah, pero había franceses! —me respondía como pillada en falta—. Pues verás, como yo no era tan curiosa como tú, nunca se lo pregunté a mi abuela y, la verdad, no sé qué fue de ellos.

Y, acabado el cuento, se levantaba, se marchaba a la cocina y se ponía a remover la olla y en ese preciso instante yo ya sabía que, preguntase lo que preguntase, ese día al menos no había de hallar respuesta.

## **El final**

Y el final lo dejo para vosotros, estimados lectores. Como toda leyenda que se precie, tiene lagunas que sería preciso aclarar y seguro que hay gente que dispone de otras versiones. Sólo un hecho es cierto: el lugar se llama Las Santicas y tanto allí como

en el Pílon de Royas se mantienen los restos de las hornacinas, donde al parecer estuvieron durante muchos, muchos años, las imágenes de la Virgen de los Desamparados. Tengo que decir que por esta época, durante la ocupación francesa, acaecieron hechos parecidos a éste en bastantes lugares de España y quedan en dichos lugares hermosas leyendas también transmitidas oralmente. ¿La razón? Quizá fuese una época de excesivo fervor religioso, exacerbado por esa misma invasión, o quizá fuesen otros los motivos.... Yo lo único que he hecho es evocar una de aquellas historias que me contaba mi abuela, y que casi tenía perdida u olvidada en un lejano y recóndito rincón de mi memoria. A ella se la dedico, allá donde esté.

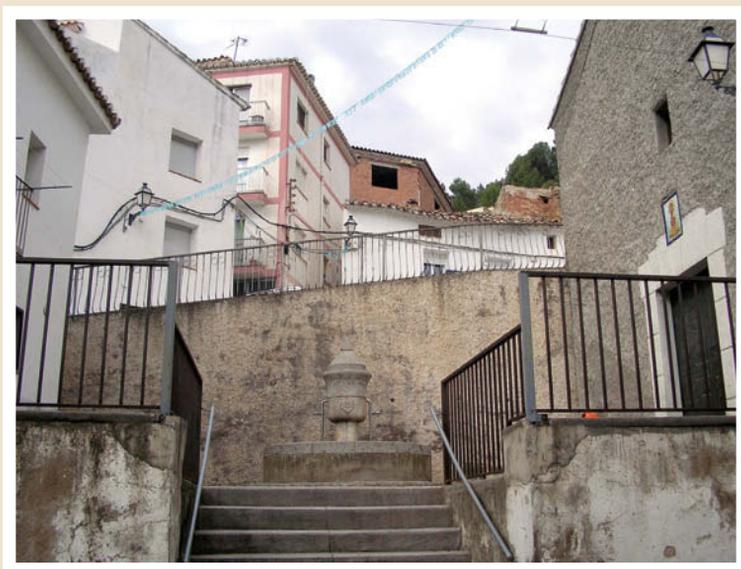
## **EL BARRANCO DEL HAMBRE O LA RAMBLA DAVID (Por las tierras de El Tormo)**

*«Hubo un tiempo de fiestas y de alegría,  
de penas y sufrimientos, de vida.  
Pero hoy, tan sólo queda el vacío».*

**Los ecos del Barranco**

A la vista del caminante, la ladera de El Tormo se asoma al valle como un hermoso tendedero donde cuelgan prendidas misteriosamente las casas blancas y las piteras verdes y amarillas. Y sobre la colina, recortado por un cielo azul y





ardiente, el Castillo en ruinas. «Quisieron trasladar el pueblo a un nuevo emplazamiento, allá abajo, a la explanada de los Yermos. Eso fue en los años cincuenta, antes de la construcción de la nueva carretera. Precisamente nos ofrecieron el traslado a cambio de no hacerla, se ve que les salía más barato. Pero nos negamos en redondo. ¿No le parece que hicimos bien? Un pueblo con tantos centenares de años a costas no podía desaparecer de ese modo». El caminante ha alcanzado las espaldas del pueblo siguiendo las huellas de la antigua carretera, entre pedruscos y romeros, tomillos y aliagas.

Una vez en la plaza de la Iglesia, bebe agua de la fuente y descansa. Desde allí contempla su pequeño y barroco campanario con sus dos campanas y su antigua matraca de madera, al parecer en mal estado de conservación. ¿Sonará todavía en los días de fiesta? Adosada a la torre observa el caminante una caseta que hace desmerecer el campanario. Que lo afea y le quita prestancia. Es la caseta del reloj, un reloj de maquinaria mecánica que desde principios del siglo XX acompaña dando las horas a las gentes del pueblo. Ya dentro de la iglesia, dedicada a la Virgen de los Desamparados, patrona del pueblo, el caminante se encuentra un ordenado, limpio y coqueto recinto; se sienta en uno de los bancos y disfruta de

su paz y de su recogimiento. La imagen de la Virgen parece observarle con curiosidad. «Cuentan que cuando la peste, trasladaron la Virgen a Cirat, porque aquí en El Tormo no hubo apestados. No sé, se creían que era gracias a la protección de Nuestra Señora. Aunque el hecho de que aquí no tuviésemos apestados tal vez fuese porque, al estar nuestro pueblo más alto y más aireado, la epidemia no llegó a extenderse. El caso es que a los pocos días de la llegada de la Virgen a Cirat, la peste quedó controlada y ya no nos la querían devolver. Se la querían quedar para siempre. Menudos son los de Cirat, lo quieren todo para ellos».

De nuevo en la plaza, el caminante conversa con una pareja de jóvenes veraneantes. «¿Qué cuando son las fiestas? Ahora el pueblo está dividido por culpa de las fiestas. Unos las quieren en septiembre, cuando tradicionalmente han sido. Otros las prefieren en agosto, porque coinciden con las vacaciones. Pero, oye, no hay mal que por bien no venga. Ahora los jóvenes disfrutamos de las dos», «¿Para ir al barranco del Hambre? Fácil, pero hay un buen trecho. Coja usted aquella pista que se ve allí al fondo, no tiene pérdida. Va subiendo hasta la Muela y después baja hasta el mismo Barranco. Pero allí ya no queda nadie».

El caminante, mochila a la espalda, cayado de apoyo, inicia su andadura. «Cuando llegue a la rambla, si dispone de tiempo, no deje de ir al estrecho del Ontanal. Disfrutará con aquel paraje apenas visitado, ya nadie se acerca por allí. Verá el barranco con sus aguas cristalinas, el pozo de la Caldera, las minas de carbón... Yo nací en los Gavites, es la primera masía que se va a encontrar antes de cruzar el barranco. De buen gusto le acompañaría, no crea; pero ya no me quedan fuerzas para llegar». Cuesta arriba, el pueblo se va alejando y empequeñeciendo. Al girar un recodo, un rebaño de ovejas con su pastor al frente ocupa la vereda. Los perros pastores las envuelven, las rodean, las protegen y las dirigen con sus estudiadas carreras. Apenas ladran. El caminante saluda al pastor, se hace un hueco, pasa entre las ovejas y sigue su camino. Levanta la mirada y ve el pico de la Muela que espera su llegada. Poco a poco, desde que emprendió su andadura, va quedando atrapado por el paisaje, por sus piedras, por sus gentes. Un fuerte olor a pino y a romero lo impregna todo. Le acompaña una suave brisa. Desde que le hablaron de la



existencia de aquel valle abandonado, quiso conocerlo y ahora lo tenía al alcance de la mano.

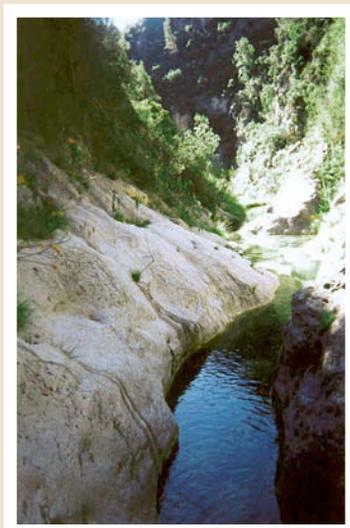
Se lo habían avisado: «Cuando llegué a la Muela se encontrará con otro valle. Si levanta la vista y se fija, en lo alto de la loma verá una ermita. Es la ermita de la

Benachera. Allí todo se llama Benachera, la loma, la ermita, el caserío... Eso ya pertenece al término de Ludiente. ¿Sabe, usted? La imagen de Sta. Rosa de Benachera la compramos un grupo de amigos de aquí, de El Tormo. ¿Dónde se ha visto una ermita sin una Virgen, nos dijimos? Así que la compramos y se la regalamos a los de Ludiente. Desde entonces se celebra una romería cada primer domingo de mayo y allí acudimos todos, unos y otros».

«¿Y la historia del muerto de la fuente Navarro, no la conoce? La fuente Navarro es el punto donde se juntan los términos de Arañuel, Cirat, Zucaina y, desde aquel suceso, el de Ludiente. Ocurrió que un día apareció un muerto junto a la fuente, y ninguno de los tres pueblos se quería hacer cargo de él. Y allí estaba el pobre hombre patas arriba, a la espera. Hasta que uno de Ludiente se hizo el ánimo y se lo llevó para enterrarlo cristianamente... Por eso se ve el mapa como una lengua que llega hasta la fuente, ¿la ve? A cambio de quedarse con el muerto, se alargó su término hasta allí».

Hace calor. De bajada al barranco la pista se va estrechando. Parece poco transitada. La maleza invade algunos de sus tramos. El aire, denso, anuncia la llegada del barranco. La soledad lo inunda todo. También el silencio. Es como si los pájaros con su respetuoso aleteo no quisiesen turbar aquella quietud, aquel valle otrora lleno de vida y ahora abandonado. Al llegar a los Gavites se encuentra el caminante con un caserío destrozado, algunas casas aún conservan la estructura intacta, pero las puertas y las ventanas aparecen desvencijadas. Tras las ventanas se ven restos de muebles, algunos platos rotos y algún que otro colchón. Y aunque el caminante ya había oído esa historia en alguna otra parte, se dispuso a escucharla. «Les ocurrió a los últimos que abandonaron el caserío. Habían

recogido una cría de culebra y se la llevaron a casa. Le pusieron de nombre Maruja. Allí la alimentaron con leche, pero al tener que marcharse a Barcelona, la dejaron abandonada. El matrimonio volvió al verano siguiente para recoger algún objeto que para ellos tendría cierto valor sentimental y se quedaron a pasar la noche. ¿Y sabe qué? Pues que a media noche se despertó el marido, porque notaba su pierna aprisionada y vio a la culebra Maruja que se lo estaba engullendo y que ya se le había tragado casi



toda la pierna. No vea usted el susto que se pegó. La cuestión es que lograron que soltase la pierna y, según dicen, aún anda la serpiente merodeando por allí. Ande usted con cuidado». El caminante oye a sus espaldas como un gemido y se gira. Nada, es la brisa agitando un papel en un zarzal.

Después prosigue su camino. Al otro lado del barranco le esperan otros caseríos, la Artijuela, la Casica, la casa del tío Tadeo. «Menos la casa del tío Tadeo, los otros caseríos ya pertenecen al término de Ludiente. No crea, hubo un tiempo que allí se ganó dinero, hasta se extrajo durante una temporada carbón de la mina. No sé por qué le llamarían el barranco del Hambre, tal vez fuese por lo mal comunicado que está, vaya usted a saber». Todo abandonado. El caminante reflexiona sobre el misterio de la vida y de la muerte. Una profunda congoja le recorre el cuerpo. Siguiendo la pista se encuentra el caminante con una cueva ennegrecida, antiguo refugio de ganado y quién sabe si del maquis o de bandoleros; y a los pocos metros el barranco, un pedregal sin agua y sin rastro de vida. Tras cruzar el barranco seco, aún se aprecian campos otrora trabajados, olivos abandonados, viñales yertos...

«¿Ahora en el Tormo? Apenas llegaremos ni a ochenta los censados. Pero no crea, este pueblo en los años veinte llegó a tener una escuela mixta con más de cuarenta alumnos. ¿Y sabe



qué?, los críos de la Rambla David venían cada día a la escuela. Hasta con la nieve se atrevían. Claro, que eran otros tiempos. Esto aguanta por los que mantenemos las casas y por el veraneo».

Al otro lado del barranco la sensación de soledad y de vacío se va agrandando.

Arriba, la Artijuela, un montón de casas apiñadas en la ladera, vigila desconfiada al caminante. Más abajo la casa del tío Tadeo, cerrada a cal y canto, aunque con un portalón destruido a patadas, aún conserva en su interior numerosos utensilios del último morador. «Era un señor que tenía una enfermedad degenerativa. Ya debe de haber muerto, porque hace unos años que no se le ve por allí». Junto a la casa, una fuente y un mural de cerámica que representa la imagen de la Virgen de los Desamparados. Por el suelo descarnado, aparecen tramos de la tubería que sirvió en su momento para canalizar el agua hasta allí. Y una fecha, 1995. También una parra abandonada. El vacío y la tristeza contagian poco a poco al caminante, que revive por un momento el alboroto de los niños por las cercanías de la casa, a los labradores recogiendo las olivas, el olor de un cocido recién hecho, la ropa tendida en la alamburada... Nada de eso queda. Ni rastro de aquel modo de vida, de aquel mundo arraigado a la tierra... Por un momento la desolación invade su espíritu y siente la necesidad de escapar de aquel laberinto, de huir a toda prisa de aquel abandono. Es como si con su presencia hubiese turbado la paz de aquellos que allí vivieron y que allí murieron. Se siente como un objeto extraño en un mundo ajeno a él. Como si las voces que aún perduran en la densidad del aire le inquieresen qué pintas tú aquí, o a qué has venido. En El Tormo le espera una apetecible y sabrosa comida y no se hace de rogar. Inicia el camino de vuelta y deja para otro día la exploración de cada uno de los recovecos escondidos, de los misterios indescifrables, de los parajes olvidados, de la apiñada Artijuela, del estrecho del Ontanal, del pozo de la Caldera, de la mina de carbón...

Ya de vuelta, al alcanzar de nuevo el pico de la Muela y divisar El Tormo, desde su altura, un profundo suspiro de

tensión contenida sale de su pecho; una sensación de alivio se apodera de su cuerpo, como si hubiese dejado atrás una pena indescriptible, un dolor inmenso. Se promete volver un día e indagar con más detalles cada uno de los secretos que estos parajes esconden, cada trozo de vida olvidado, cada historia perdida. Pero esa será, desde luego, otra historia.